

padecía por la calamidad que le acarreó una nube que destruyó toda su cosecha.

El incrédulo que no espera mas vida que esta, ni otros castigos; ese hombre en quien Pascal veía *un monstruo*, y cuyo abandono en negocio de tal importancia como la eternidad *le espantaba* (1), será inducido por las pasiones á que se aproveche de esta misma vida impulsándole cometer los delitos mas degradantes, y como no espera el premio ni abriga la mas pequeña idea de su dignidad, será en el mundo moral poco menos que un fenómeno una accion buena suya; porque, como dice muy bien Bergier, «¿en qué podrán fundarse los deberes de la humanidad si fuera cierto que el hombre no es mas que un poco de materia organizada, y que de esta, nada le queda despues de la muerte (2) (*)?»

Por el contrario, el temor de la pena eterna retrae al verdadero creyente del vicio, y la esperanza de la eterna recompensa le impele á la virtud. Y aquello que mueve al hombre á ser aborrecedor del vicio y amante de la virtud, ¿no contribuye á su bienestar aun en la tierra? ¿Le hará mas feliz el remordimiento del vicio, y la vileza y la degradacion que el vicio le acarrea, que la suavísima satisfaccion de la virtud, y la dignidad que esta le comunica? ¿será mas feliz si tiene una alma idéntica á la del bruto, que si la tiene racional, digna y elevada, semejante en duracion *à parte post*, al mismo Dios?

«¿Qué motivo de alegría, escribe Pascal (3), es el no esperar mas que miserias sin recurso? ¿Qué motivo de vanidad el verse en oscuridades tan impenetrables? ¿qué consuelo el no esperar nunca un consolador?»

Pero ¿en qué podrán fijarse los ojos del materialista y del incrédulo que les comunique un rayo de consuelo y de ale-

(1) *Pensamientos.*

(2) *Diccionario de teología*, artículo *Humanidad*.

(*) «Nada es mas capaz de excitar á la virtud y separar del vicio, dice el incrédulo Shaftesbury, que la presencia de un Ser supremo testigo y juez de lo que pasa en el universo; y es un gran defecto en el Ateísmo excluir este motivo... Creer que las malas acciones, á las que nos arrastran las pasiones violentas, se castigan por la justicia divina, es el mejor remedio contra el vicio y el mayor valor para la virtud.» (*Investigaciones sobre el mérito y la virtud*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 1, cap. 2, art. 2).

(3) *Pensamientos.*

gría? ¿tiene algo de lisonjera y agradable la naturaleza para quien no se cree superior á ella?

«La mansion en el campo, dice Lamourette (1), tan propia para despertar la beneficencia y sensibilidad del que «tiene un alma poseida de un ser inmortal, aumenta en el «hombre sin fe y sin esperanza su indiferencia para todo lo «bueno, porque no halla en ella sino motivos de importunas «y tristes reflexiones. Todo es fúnebre para él en la naturaleza. Cuanto mas se compare con los objetos que le pone á «la vista, tanto mas gime y se lamenta de hallarse tan pequeño y perecedero en medio de la inmortalidad universal. No ve cosa que la tierra no tenga la virtud de conservar ó de hacer reproducir despues de su destruccion, sino «su especie. Todo lo que ella recibe en su seno se deposita «en él para volver á vivir. Solo el hombre es arrojado de «ella para no volver á comparecer jamás y para sepultarse «en las sombras de la muerte.» «Si con el escepticismo en «asunto tan importante está tranquilo y satisfecho el incrédulo, dice Pascal (2), si hace profesion de ello, y se vanagloria, y si este estado es el objeto de su alegría y de su «vanidad, no tengo términos para calificar á tan extravagante criatura.»

Jamás darán los incrédulos una contestacion satisfactoria al argumento de este grande hombre. «Aun cuando la vida «futura fuese un acontecimiento *incierto*, es al menos un «acontecimiento *posible*, y todo hombre *sensato* debe tomar «el partido de la Religion y de la virtud como el mas *seguro* (3)...» «Aunque los incrédulos, añade (4), tuvieran entera certidumbre de que tras de la muerte solo deben temer «la nada, esto deberia ser un motivo de desesperacion mas «bien que de vanidad. Y cuando no se tiene seguridad alguna, el hacer alarde de la duda, ¿no es una locura inconcebible?»

No debia pertenecer, sin embargo, á un jansenista el mérito de la invencion en este género de discurso contra la incredulidad y la indiferencia religiosa. Con los mismos ratiocinios y con no menos vigor y elocuencia confundia ya

(1) *Delicias de la Religion*, cap. 9.

(2) *Pensamientos.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

Arnobio á los gentiles de su tiempo que no se diferenciaban gran cosa de los sofistas del nuestro. «¿No es, en último caso, mas conforme á razon, les decia, el que de dos suposiciones inciertas se crea la que inspira algunas esperanzas con preferencia á la que no inspira ninguna? En lo primero ningun peligro hay con que resulte error lo que se temia; pero en lo segundo hay un gran peligro, esto es, «la pérdida de la bienaventuranza si cuando llega el tiempo se descubre que lo que se temia no era mentira. ¿Qué decís? ¡oh necios dignos de ser compadecidos y llorados! ¿No teméis que pueda ser verdadero eso mismo que convertís en materia de desprecio y de risa (1)?»

«Sea, pues, una cosa incierta (la inmortalidad del alma y los premios y castigos), decia tambien san Clemente I, «Romano (2), se sigue que viviendo virtuosamente *estoy aun mucho mas fuera de peligro.*»

«Sublimes doctores que quereis igualarme á los brutos, apostrofa Bergier á los incrédulos (3) materialistas, perdónad mi impotencia; mi cuerpo se niega al esfuerzo que exigís de mí. Mi cabeza levantada hácia el cielo dirige, á pesar mio, mi vista al Autor de mi existencia; me hace considerar la mansion que me está destinada, y la mano que me colmó de beneficios. Mi alma sensible, reconocida, guiada á la virtud, se rebela tambien contra el aniquilamiento con que la amenazais. Se siente muy vigorosa para subsistir sin la materia, y abraza la eternidad en sus deseos y en sus proyectos.»

(1) «Cum ergo hæc sit conditio futurorum, ut teneri et comprehendi nullius possint anticipationis attactu, nonne purior ratio est ex duabus incertis et ambigua expectatione pendentibus, id potius credere, quod aliquas spes ferat, quam omnino quod nullas? In illo enim periculi nihil est, si quod dicitur imminere cassum fiat et vacuum: in hoc damnum est maximum, id est, salutis amissio, si cum tempus advenerit, aperiatur non fuisse mendacium. Quid dicitis, o nescii etiam fletu, et miseratione dignissimi? Ita non extimescitis, ne forte hæc vera sint, quæ sunt despectui vobis, et præbent materiam risus? nec saltem vobiscum sub obscuris cogitationibus volvitis, ne quod hoc die credere obstinata renuitis perversitate, redarguat serum tempus, et irrevocabili pœnitentia castiget?» (*Adversus Gentes*, lib. II, numer. 4 et 5).

(2) «Cum igitur inquebam, incerta res sit, multo magis extra periculum est, pie me vivere.» (*Homilia 1 Clement. de peregrinationibus Petri inter peregrinandum epitome*, num. 4).

(3) *Tratado histórico de la verdadera Religion*, parte 1, cap. 2, art. 1.

No examinaremos, por no ser difusos, otros dogmas fundamentales del Cristianismo. Lo que hemos dicho basta para convencer á esos filósofos incrédulos y materialistas destituidos de sentido comun que aun contemporizando con sus desventurados sistemas y pasando por alto tambien las impías calumnias de apellidar *supersticiones, absurdos, ridiculeces, extravagancias, fanatismo*, cuanto nuestra sacrosanta Religion profesa y enseña respecto de la futura resurreccion, del perdon de los pecados, de la vida eterna y de sus premios y penas, prescindiendo de todo esto, repetimos, no podrán en cualquiera hipótesis menos de confesar que estas doctrinas son utilísimas para la sociedad á la cual llevan la paz y la alegría; utilísimas al individuo á quien consueñan en la aficcion y hacen dichoso en medio del infortunio; que son doctrinas no solamente conformes á la dignidad del hombre, sino que constituyen su misma dignidad; así como sus insensatos sistemas abaten su nobleza y degradan su carácter. De manera, que si estas doctrinas son un error, resulta entonces lo que dicen dos principales corifeos de los sofistas, á saber: *que el inventor de este error seria aun mas pasmoso que el héroe (1), y que semejante error hace felices á los hombres (2).*

«¿Qué importa, escribia Chateaubriand (3) precisamente cuando era admirador apasionado de estos sofistas, qué importa que sea pura ilusion (la religion cristiana), si esa ilusion le ayuda (al hombre) á soportar la pesada carga de su miserable existencia, si esa ilusion vela con él en las largas y penosas noches, recogiendo y enjugando sus lágrimas; y si al fin llega á prestarle el último servicio de la amistad, cerrando sus párpados, cuando solo y desamparado en el lecho de dolor se entrega y cae en los brazos de la muerte?» ¡Oh! si fuera posible que un hombre descubriera que nada hay mas allá de la tumba, y marchara por consiguiente á anunciar á los desgraciados que eran vanas sus esperanzas, la piedad le saldria al encuentro á detener sus pasos, y en nombre de la humanidad le suplicaria que sepultase en lo mas recóndito de su corazon una verdad tan terrible y desoladora. ¡Qué elogio tan bello de la religion

(1) Rousseau, *Emilio*.

(2) Voltaire, *Nouveaux Mélanges*.

(3) *Ensayo sobre las revoluciones*, prefacio.

cristiana hizo sin quererlo el pagano Cecilio, mas bien intentando denigrarla, al acusar á los cristianos *de consolarse de todos sus males con frívolas esperanzas* (1)!

Pasemos ya á las bienaventuranzas del Evangelio, las cuales aunque aplazan el premio y la dicha para despues de la vida, son sin embargo en este mundo un manantial inagotable de consuelos para el hombre recto y justo, aunque desvalido, perseguido y desgraciado.

CAPÍTULO III.

BIENAVENTURANZAS.

Muy distantes se hallaban los hombres en el Gentilismo (y tambien hoy por desgracia) de pensar que su felicidad y su dicha estuviese escondida precisamente en aquello mismo en que no veian mas que tormentos, aficciones, trabajos é infortunios; á saber, en las privaciones, en las persecuciones injustas, en el refrenamiento de las pasiones, en la huida del vicio y en la práctica de la virtud, y ningún filósofo hasta Jesucristo, como dice Lamourette (2), habia imaginado jamás un sistema de felicidad y de grandeza fundado en el desprecio de las riquezas y en la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos no habian ocurrido nunca á persona alguna, y el autor del Cristianismo es el primer sábio que aparece en el mundo, diciendo: *Bienaventurados los pobres*, etc. Sí; bienaventurados los pobres, bienaventurados los humildes, bienaventurados los limpios de corazon, bienaventurados los injustamente perseguidos. Sí; bienaventurados y felices los que el mundo cree infelices y desgraciados; y bienaventurados no solamente en la eternidad sino tambien en el tiempo.

Vamos á verlo así aduciendo en paralelo, segun nuestro plan, la accion del Catolicismo, de la Reforma y de las sectas filosóficas.

(1) «*Illis pavorem fallax spes solatio redivivo blanditur.*» (Marc. Minuc. Felic. *Octavius*, cap. 8).

(2) *Delicias de la Religion*, cap. 8.

§ I.—PRIMERA BIENAVENTURANZA: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (1).

Si se quiere entender por tales á los que voluntariamente se han constituido en la condicion del necesitado, ó á los que han depuesto y sofocado en su corazon todo afecto y apego á las riquezas, ya hemos probado en el capítulo *Pobreza*, hasta con la misma filosofía gentilica (2), que esta hartura de ánimo y esta completa exencion de deseos es precisamente la verdadera riqueza, la que hace la alegría, el contento y la dicha del hombre. En su virtud nos place, en obsequio tambien de la variedad, seguir la verdadera interpretacion, que es la que da san Agustin en el libro *De sermone Domini in morte*. «Por pobres de espíritu se entienden aquí acertadamente los que no tienen el espíritu hinchado (3).» Y san Jerónimo en el comentario del Evangelio de san Mateo (4).

Hoy mas que nunca alza su voz esta bienaventuranza profética que tan adecuadamente cuadra al espíritu del siglo. Ella habla directamente con esa Reforma turbulenta y ese Filosofismo impío, de los cuales, la primera no es otra cosa que el orgullo vuelto contra el hombre, y el segundo el orgullo vuelto contra Dios. Lo contradictorio de esta bienaventuranza es *desgraciados los ricos de espíritu*; y como el Filosofismo es precisamente la riqueza del espíritu, se deduce la consecuencia de *malaventurados los sofistas*; consecuencia que por no ser á ellos lisonjera no deja de ser lógica y verdaderísima.

Así como el pobre de espíritu y el humilde es feliz y dichoso tambien en esta vida, por el contrario esos sofistas espíritus fuertes, esos pretendidos sábios de la moda son completamente infelices y desgraciados, aun en la tierra. La pobreza de espíritu está basada en la humildad, y como la humildad es la mas grande virtud moral, por eso la remunera Dios con un doble premio; vice versa: la Reforma y el

(1) «*Beati pauperes spiritu.*» (*Matth.* v).

(2) Cicer. *in paradox.*

(3) «*Recte hic intelliguntur pauperes spiritu humiles et timentes Deum, quod est non habentes infantem spiritum.*» (*Lib.* I, c. 1, n. 3).

(4) «*Adjunxit (Christus) spiritu, ut humilitatem intelligeres non pecuniam.*» (*Lib.* I, cap. 5).